

- 
- SUBCONSUMO E INFRAINVER SION, TEMAS DE LA ASAMBLEA DE LA CONCAMIN.
  - LA PROGRAMACION INDUSTRIAL ES INDISPENSABLE PARA EL DESARROLLO NACIONAL.
  - EUROPA PARTICIPARA MAS ACTIVAMENTE EN LOS ASUNTOS LATINOAMERICANOS.
- 

## La Asamblea de la CONCAMIN Examina los Problemas de Coordinación Industrial

*IENTOS de sinceridad corrieron hace unos días en la Asamblea anual de la Confederación de Cámaras Industriales de México. Motivados, acaso, por las exigencias del momento por el que atraviesa actualmente la economía mexicana, comerciantes, industriales y banqueros formularon un análisis cuyas características configuran, en cierto modo, un profundo examen de conciencia. El presidente de la Asociación de Banqueros de México, Lic. Jesús Rodríguez Gómez, por ejemplo, planteó con claridad y sin disfraces el hecho inquietante de que mientras el inversionista mexicano ha estado mostrando reticencia para invertir, la inversión externa crece ininterrumpidamente y “la atracción que el inversionista extranjero siente por México es hoy mayor que nunca”. Toda vez que “el capitalista extranjero, con su habilidad para escrutar el futuro, considera a México un lugar propicio para la inversión manufacturera”; que es factible solucionar el problema financiero con recursos propios y externos y que el Estado “cuenta con equipos técnicos crecientes y con acopio de datos y estadísticas para ayudar al sector privado”, la atonía en la inversión debe atribuirse, según el Lic. Rodríguez, a factores psicológicos o a confusión en las ideas del empresario individual.*

*Pero el examen no se detuvo ahí. Después de formular diversas observaciones sobre la magnitud de la inversión privada y el verdadero momento en que su ritmo disminuyó, el Lic. Juan Sánchez Navarro, presidente de la CONCAMIN, postuló en forma concisa que “el verdadero problema industrial en estos momentos, que se manifestó ya con agudos perfiles durante el año de 1962, consiste en que casi todos los establecimientos están trabajando a un nivel muy inferior a la capacidad de producción instalada” (a un 50%, afirmó posteriormente). Según el presidente de la CONCAMIN, lo ocurrido en 1961 y 1962 no fue un “retraimiento” por consideraciones ajenas a la economía, “sino*

porque no tiene objeto hacer nuevas inversiones en virtud de que la capacidad de producción instalada en los establecimientos industriales mexicanos es superior a la demanda. El más importante problema económico de México —subrayó— es un mercado extremadamente débil, con una capacidad de consumo muy pequeña, que plantea ya un enorme desequilibrio entre la oferta y la demanda de mercancías y servicios”.

Es preciso detenerse aquí, ya que vientos de tal naturaleza pueden tornarse huracanados y hacer perder de vista la realidad. Porque en esta ocasión, la iniciativa privada no ha puesto el dedo, sino la mano entera, en una de las más profundas llagas de nuestro país. En un momento crítico, en efecto, en un momento en que según el propio Lic. Sánchez Navarro era preciso crear fuentes de trabajo y mantener abiertas las existentes, a fin de robustecer un mercado débil, surgió una atonía de la inversión privada y llegaron informes de una importante fuga de capitales. Y ¿de qué modo, además, es posible compaginar afirmaciones tan contradictorias como las que postulan que los inversionistas extranjeros —con su habilidad para escrutar el futuro— consideran a México un lugar propicio para la inversión manufacturera, mientras los industriales mexicanos se enfrentan a una demanda insuficiente que los obliga a operar al 50% de su capacidad? ¿Es que únicamente los productos de empresas extranjeras tienen mercado en el país? O ¿acaso sólo los capitalistas extranjeros invierten con acierto?

Es preciso, sin embargo, hacer a un lado polémicas poco constructivas que a nada conducen. No se trata aquí de localizar culpables o definir responsabilidades. En este último sentido, además, hubo un acuerdo unánime por parte de los más altos representantes del sector privado del país, en cuanto al propósito de asumir las responsabilidades que les corresponden en el desarrollo económico nacional. El problema se finca, entonces, en la definición de la tarea a realizar y del marco en el cual ha de llevarse a cabo.

En las condiciones presentes, resultan de gravedad los titubeos y las vacilaciones. La existencia de capacidad industrial ociosa en nuestro país es síntoma de un fenómeno particularmente serio. México, como país en vías de desarrollo, no puede, en modo alguno, darse el lujo de mantener sin ocupación la planta industrial que tanto sacrificio le ha costado construir. Puesto que un problema básico de los países atrasados es la escasez de recursos —ya sea que tal escasez se considere en términos absolutos como el dinero disponible para inversión, o bien que se estime en términos de utilización del excedente económico— debe exigirse, evidentemente, un aprovechamiento óptimo de los recursos disponibles para inversión si se desea lograr una tasa suficiente de desarrollo económico. Tal exigencia de la realidad no concuerda con la existencia de capacidad ociosa.

Por otra parte, y aun a riesgo de simplificar excesivamente el problema, es posible postular que la capacidad ociosa puede deberse, en nuestro país, a una disminución en la capacidad de consumo (de tal modo que la planta industrial prevista para un determinado nivel de demanda resulta excesiva para un nivel inferior) o bien a un excedente de la planta industrial derivado de inversiones excesivas en sectores específicos (en virtud de que las estimaciones sobre mercados potenciales no correspondan a la realidad, etc.). De acuerdo con la primera hipótesis —indudablemente válida para algunos sectores, y no por falta de mercado potencial sino por el bajo poder adquisitivo de la población— surge un proceso circular de pobreza, a saber: como la capacidad ociosa implica un incremento en los costos, conduce a aumentos en los precios, lo cual disminuye aún más la capacidad de consumo y acrecienta la capacidad ociosa. Si en es-

tas condiciones, además, se produce una atonía de la inversión— cualquiera que sea la causa de ella— no se necesita ir muy lejos para anticipar serios problemas en la economía del país.

Pero la segunda hipótesis descubre horizontes de aún más grande perspectiva. La existencia de capacidad ociosa en un país en pleno proceso de industrialización, en un país que presenta múltiples deficiencias de su planta industrial y que ha mostrado gran dinamismo en la expansión de ese sector, constituye un síntoma evidente de anarquía en el desarrollo. Como los recursos disponibles para inversión no se canalizan de acuerdo con planes regionales o nacionales, y ante la deficiencia general en materia de informaciones sobre mercados específicos, la planta industrial se desarrolla con deformaciones estructurales, al amparo de circunstancias pasajeras y según criterios y conveniencias individuales no siempre acertados. El Estado, señalaba el Lic. Rodríguez, puede “coordinar las políticas de fomento industrial y poner al alcance del inversionista privado los datos que le permitan adoptar sus decisiones de inversión en forma racional”; sin embargo, según afirma el mismo presidente de los banqueros, la participación no bien definida del sector público en la economía puede provocar dudas en los empresarios y afectar negativamente sus decisiones de inversión, pero en todo caso el desarrollo armónico sólo puede conseguirse mediante planeación económica a niveles regional y nacional y con la participación activa del Estado en la economía.

El momento actual, de importantes decisiones, es ineludiblemente el de la planeación económica; por ello, es preciso aprovechar esos vientos de sinceridad que corren, entre comerciantes, industriales y banqueros, paralelos a su propósito de cumplir su función en el desarrollo económico del país, y apelar al sector más progresista y dinámico de la iniciativa privada para que, en estrecha colaboración con los expertos gubernamentales, se discuta amplia y constructivamente el plan de la nación y posteriormente se le lleve a la práctica. Sólo con un amplio debate el plan de desarrollo podrá instrumentarse y pasar al terreno de los hechos; y con tal debate, además, será posible llevar la tranquilidad al ánimo de los empresarios mexicanos para que puedan cumplir, como es su propósito, la función que el pueblo mexicano les exige en esta etapa de transición hacia niveles cualitativamente superiores de nuestra organización social.

## Ante la Perspectiva de Mayor Ayuda Europea al Desarrollo de América Latina

**S**ON tan numerosos y proceden de tan diversos países y organismos los anuncios de que Europa proyecta aumentar su contribución al desarrollo económico de América Latina, que resulta forzoso dar por descontado que así será. Máxime cuando, como ocurre ahora, es bien visible que las necesidades de los centros industriales europeos les aconsejan seguir esa política a fin de vigorizar la débil capacidad de importación de nuestros países y, al mismo tiempo, aprovechar las oportunidades de inversión que ofrece el subcontinente latinoamericano. Europa Occidental, plétórica de producción y de capitales, ve

en América Latina una de las zonas del mundo actual que mejores condiciones ofrece para colocar sus excedentes y obtener beneficios. Si a ello añadimos las razones políticas, el fenómeno aparece perfectamente inteligible.

Que Europa se dispone a desempeñar un papel más activo en el campo de la economía latinoamericana lo demuestran múltiples declaraciones, acuerdos, planes y previsiones. Entre los más recientes cabe destacar: a) el interés con que los países miembros de la Organización de Cooperación Económica y Desarrollo (OCED) han tomado nota de las ideas que les expuso el presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) acerca de la manera como podrían incrementar su apoyo económico a América Latina, ideas que seguramente plasmarán en una serie de acciones concretas de distinta índole (planes para facilitar la importación latinoamericana de bienes de producción europeos, mayores compras de valores emitidos por el BID y, quizá, encomienda a éste de un fondo fiduciario constituido por aportaciones de varias naciones europeas); b) la Comunidad Económica Europea estudia su propio plan, asunto del que se viene hablando desde hace largos meses, en el cual se ha de incluir el importante punto del acceso de la producción latinoamericana al Mercado Común; c) la participación de un número importante de países europeos en el grupo de consulta auspiciado por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) para dar asistencia financiera externa al plan decenal colombiano de desarrollo y la perspectiva de que un procedimiento semejante, también con la presencia europea, se emplee en lo que se refiere a los planes de desarrollo de otros países de nuestra región; d) la reciente reunión, en Ditchley, Oxford, de expertos británicos y norteamericanos para estudiar la forma de ayudar más efectivamente al desarrollo de América Latina; e) Francia, Alemania, Holanda y otros países europeos insisten en que son partidarios de coordinar sus esfuerzos a favor de nuestra región en un plan general; f) un numeroso grupo de naciones de Europa considera que la asistencia técnica puede constituir valiosa aportación al impulso de la economía latinoamericana y, en consecuencia, está incrementando sus programas en esta materia; g) los gobiernos de todas esas naciones siguen compitiendo entre sí para brindar a sus exportadores los medios que les permitan ofrecer a los importadores latinoamericanos mejores condiciones crediticias; h) el sector financiero de los países europeos opera cada vez más a través de consorcios para financiar proyectos de importancia en nuestra región; i) aunque lentamente, la inversión directa y los préstamos públicos europeos siguen una tendencia ascendente en América Latina y, por último, la reciente declamación con junta de los presidentes mexicano y francés apunta ya hacia una colaboración más estrecha entre sus organismos regionales.

El cuadro así trazado con rasgos muy generales y escuetos debe completarse con una referencia a las perspectivas comerciales. La propia Comunidad Económica Europea reafirma a cada paso que no olvida la necesidad de mantener abiertos los cauces del intercambio con América Latina y que tratará de incrementar el comercio entre las dos regiones; es indudable que el tema está siendo estudiado en Bruselas y que si todavía no se ha llegado a resultados concretos se debe, en buena medida, a la débil e inadecuada acción, por dispersa e incoherente, de nuestros países. A juzgar por las declaraciones de las autoridades de comercio exterior de muchos países europeos, en ellos se comprende que los centros industriales tienen que “dejar cada vez más espacio para las mercancías manufacturadas y los productos básicos tradicionales procedentes de las repúblicas latinoamericanas y de otros países en fase de desarrollo”, según acaba de afirmar el Ministro británico Erroll. Se admite ya, al menos en teoría, que es preciso dar mayor acceso a la producción latinoamericana en los mercados de los centros industriales, empezando a dar paso a bienes manufacturados de poca densidad de capital. En tanto se encuentra el modo de llevar la

teoría a la práctica, lo cual parece bastante difícil, y en tanto se celebran las varias conferencias internacionales previstas con esa finalidad entre otras —tales la del GATT próximamente y la de las Naciones Unidas a fines del presente año o principios de 1964— los centros industriales europeos procurarán mantener por lo menos e incrementar algo sus intercambios con América Latina, y verán el modo de contribuir al progreso económico de la región a través de mayores créditos para las exportaciones de Europa, más fondos —públicos y privados— para inversiones y una creciente asistencia técnica.

Tales perspectivas abren nuevas posibilidades para acelerar el desarrollo económico-social de América Latina, pero siempre que nuestros propios países sepan y quieran crear las condiciones pertinentes para que la ayuda responda en realidad a las conveniencias de la región. Piénsese, por ejemplo, en que todavía no han conseguido que la Alianza para el Progreso funcione como un mecanismo multilateral, no obstante ser éste un elemento sin el cual el programa acordado en Punta del Este no operará con eficacia ni dará resultados a la medida de las necesidades. Se impone más urgentemente que nunca ir a la creación de un organismo a estilo y semejanza de la ya desaparecida Organización de Cooperación Económica Europea (OCEE), que tan acertadamente manejó en Europa los fondos del Plan Marshall y, en cualquier caso, es imprescindible institucionalizar una coordinación real entre los países latinoamericanos para cuanto se refiere a la ayuda procedente del exterior.

Un experto británico, buen conocedor de la realidad latinoamericana, señalaba esa necesidad al exponer no ha mucho el fruto de sus experiencias en nuestra región. Apuntaba, coincidiendo con lo que sostienen los espíritus más avisados de América Latina, que la falla no consiste en que falten instituciones aptas y capaces en nuestro ámbito, sino en que entre ellas no se ha logrado la adecuada coordinación. Este es un problema acuciante, tanto como el de la racional utilización por parte de cada país latinoamericano de la creciente aportación financiera y técnica que se vislumbra.

Es preciso evitar situaciones como las que el consorcio internacional de asistencia a la India ha creado a ese país al “atar” una excesiva proporción de sus aportaciones a proyectos determinados, con lo cual la creación de nuevas instalaciones industriales coincide con el forzoso desaprovechamiento de gran parte de capacidades instaladas. También habrá que esquivar otros varios escollos graves: 1) que se pierda de vista la integración regional, porque cada país opere por su cuenta en el vano empeño de alcanzar el desarrollo separadamente de los otros; 2) que se establezca entre nuestras repúblicas una competencia dañina para atraer capital extranjero sea como sea y pese a que ello causaría estragos a todos en conjunto; 3) que las crecientes facilidades de créditos ofrecidas a los importadores latinoamericanos entorpezcan, al mismo tiempo, el desarrollo de las industrias nacionales y el comercio intrarregional; 4) que resulte, como al parecer ocurre ya en Asia y seguramente ha empezado a ocurrir en nuestra región, que mantener en producción una fábrica es por muchos motivos más difícil que instalarla.

Sólo adquiriendo conciencia de estos aspectos y de que una de las contadísimas soluciones al problema del desarrollo acelerado reside en la auténtica integración regional, acompañada de hondas y rápidas reformas estructurales en cada país, podrá conseguir América Latina que la ayuda que le brinda el extranjero sirva realmente para salir de la postración. Para esa toma de conciencia y para conseguir que una más activa participación europea en los asuntos latinoamericanos, se realice de acuerdo con nuestros intereses y necesidades, acciones como el viaje del Presidente de México a países europeos (ver pág. 159) son de importancia decisiva.